

El atisbo como punto de partida.

Abrí los ojos a causa de un desvelo rodeado en oscuridad, una luz anaranjada pintaba la muralla y veo parte de un marco cubierto por tela que pinta levemente la luz, observo y una barrera transparente atrapa la humedad, todo pintado de un pálido burdeos y vuelvo a dormir. Despierto en un espacio, ahora más consciente estoy en una suave caja cubierto de tela que abriga como la mejor piel de animal, mesas de diversos materiales llenas de... ¿pergaminos de distintos tamaños? Hay una... es una estructura curiosa, de rojo color como si de cuero fuera y de una base brillante que se ramifica en radios de un círculo sobre cuatro patas sin uñas que cambian de posición cuando la muevo con prendas arrumbadas que supongo son las que usaré en el día, porque estaré perdido pero algo recuerdo del decoro. ¿Habré salido de esa negrura para enfrentarme a esta caja de paredes cielo, suelo que pareciera madera pero que no lo es al tacto con mis pies, Y lo que se asemeja al soporte del cuerpo de distintos colores, huecos, colgando de la puerta?

Giro la perilla y hay una escalera, más puertas y marcos de luz. Me desplazo... esto es más grande que de donde salí, ¿por qué es así? Si pareciera vivir solo, porqué tanto espacio.

Es una iteración de lo anterior pero más grande, hay otra puerta pero con un sistema más complejo, hay más pergaminos con escritos semejantes a letras, fuera de lo que puedo leer, el nivel intermedio al parecer es utilitario, cruzo el umbral y me encuentro con una gran caja con cuatro discos encima, lo que pareciese ollas y cajas de madera con puertas sin ningún pasador que las mantenga cerradas, hay especias dentro de contenedores transparentes como el cristal con tapas de un material plano de color pero duro y a la vez flexible. Hay al parecer utensilios para hacer los alimentos y aparece un hombre saludándome, me trata con familiaridad, ha pasado un tiempo considerable desde mi despertar a su aparición, camina con unas ruidosas...plataformas delgadas que solo cubre la parte delantera de su pie, pareciese tener un vaso con una prolongación para asirlo, escucho choques de cosas, y un gorgojeo, baja con un pequeño disco con alimento, abre contenedores de distinto tamaño y con ello unta el blanco pero leve dorado...pan. Me visto y salimos afuera y hay más estructuras similares a las del origen de esta salida. Nos desplazamos y hay carruajes de magros ornamentos impulsados sin caballo, de unas ruedas considerablemente pequeña para su tamaño, de líneas similares a los más rápidos pájaros o conchas de moluscos, quizás al lomo de algún pez en el nado, todos en el exterior se cubren la cara. Le sigo, dice que tengo que acompañarlo, dice que es mi padre.

Antes de salir cruce el umbral que estaba al frente de la sala de la caja de cuatro discos tiznados. Había un cristal y no puedo negar su afirmación, efectivamente hay rasgos similares, Podría asumir que soy su progenie. Deslizo la gran puerta con facilidad revelando más carruajes y el saca el suyo de un intenso rojo, nos desplazamos y veo una suerte de teselado en la vista, estructuras, viviendas, apiladas unas sobre otras, pegadas solo con separación de color al costado de cada camino. Él se baja y trae una señora de avanzado edad que se desplaza con un cayado. Llegamos a un templo, todos separados entre los apoyos de madera

de una forma más intrincada que la roja del lugar donde desperté, al fondo una dama inmóvil de reluciente piel con prendas sacadas aparentemente de una roca y un baúl reluciente rodeado de lores frente a la mesa que está delante de la dama inmóvil. Un anciano de ropajes que chocan con lo que todos llevamos puestos habla sobre algo que está más allá, una deidad que perdona, una vida de vergüenza y de percepción indigna, absuelta por el amor de ese ser o criatura, luego algunos repiten y canta al unísono lo que dice lo que parece ser una autoridad, que pautea cuando el resto tienen que intervenir, ¿será esto como una clase?, aquí no hay preguntas, se entrega ese contenido, sobre expiación, piedad y certidumbre después de la muerte, se repite el final, se canta. Y él menciona el nombre de “una hermana”, “una servidora del Señor” Lo cual es curioso, se habla de ser descendientes de este “Señor” y ser servidores de su palabra, de su manera de ser, de lo que espera de nosotros, se habla de que él está en los que no tienen y que es nuestro deber tenderle una mano, no ignorándolo porque es eso lo que contará al momento de perecer de ver si somos dignos de acceder a la vida verdadera.

Lo que en vez de reconfortar me lleva a cuestionar porqué vivir en un estado constante de escrutinio de una fuerza externa, que pareciera atravesar todo pero que está separada del individuo. Porqué el origen de todo es una servidumbre a algo cuya existencia no se define por lo que se degenera y desordena, ¿Cómo esto se conecta con la oscuridad interrumpida por el haz de luz? Si bien asistí al padre a sacar su carruaje, y ambos desplazamos a la dama de plateados cabellos al cual el padre se refería como madre y se podría considerar como un acto de servicio, ¿sería menos válido al ser una aparente relación de parentesco? Quizás no sea el fenómeno de servicio o ayuda dicho por la autoridad de la sala, pero es algo. Si dar la mano a todo desvalido en algún sentido que probablemente sería esta fuente de orden es un relato primigenio, se podría conformar con este acto imperfecto pero que alcanza a habitarlo, podría contar, podría ser un buen consuelo, un temor que igual llena mi cabeza, ¿Cuan misericordioso será este “Señor”? Ingresan hombres con ropajes oscuros. La autoridad de la sala termina y y dos presentes leen a cara cubierta experiencias, nombres y palabras que van más allá de mi entendimiento, lloran, la voz se les quiebra. Varios de ellos se acercan al baúl y murmuran sonidos cargados de al parecer afecto. Se llevan el baúl. Que rito más curioso. El despedir a alguien por cuya antesala eso sobre el miedo a perecer y de si eres digno de pasar a la vida verdadera.

¿Qué será la vida verdadera? ¿Una sin sufrimiento? ¿Dónde no se usarán cayados al caminar donde no habrá cansancio o aflicción?, ¿dónde las moradas estarán en orden?, ¿pulcras sin signo del paso del tiempo? ¿No existirá esa urgencia de saciar los rugidos del vientre y dónde se podrá pensar sin límites de la carne?

Qué asunto más preocupante es vivir en una antesala constante, al parecer el acto de vivir es un acto hercúleo dado por un juego de mal gusto de los dioses. Peor es vivir en un cuestionamiento constante de parte de uno si es el caso de que al morir uno vuelve a esa sala oscura.

Abandonamos el espacio y cada grupo monto los carros sin caballo. Nos desplazamos a un ritmo distinto. Estrellas titilaban a un ritmo constante en ellos. Había otras estructuras móviles de distintos tamaños, unas parecían como las estructuras que morábamos al empezar este día. Cruzamos unas puertas de barras de hierro oscuro. Y acercaron al dorso de las muñecas una cosa de blanco color, similar a una fruta vista en los mercados, de boquilla de color cielo. Permitieron el paso y ahí estaba el mismo grupo. Los caminos estaban rodeados de moradas, pero éstas están sin marcos de luz, todo es opaco, algunas con un poco de verdor de flores que no había visto en el camino, con signos, e imágenes a color como el mundo que rodea en vez de estar talladas. Unos hombres de sucia apariencia, llenos de arrugas y de piel terracota por el sol junto con al parecer una fuente y un jarro abierto por la mitad al costado de un marco completamente oscuro. Cuatro toman el baúl, uno ingresa a la oscura entrada, quienes me rodean vuelven a cantar, algunos se acercan entre sí, otros no. El baúl se pierde al entrar y sale de ahí el hombre que había ingresado al inicio. Cierran la entrada.

La mujer del baúl era la hermana de la dama del cayado, madre del hombre con quien comparto espacio, el padre. Quienes dieron sus sentidas palabras eran los hermanos de él, y el espacio donde está resguardado el baúl lo comparte con su hermano y padres. Salimos de una caja con marcos y distintos compartimentos con la luz al entrar, a ver a alguien entrar a otra sin un atisbo de luz. Y pienso que el origen podría ser lo oscuro, pero lo oscuro no como falta de luz pero como falta de un atisbo de que hay algo más allá, ya que dejaría fuera al ciego, o al sordo, percibir más bien. Y el resto es una serie de actos de intercambio entre cosas y personas, acciones cuyos fines sean simples favores, nacidos del cariño o simplemente utilitarios, quitando el escrutinio de la deidad o deidades en quien es digno o no. Es algo que se siente tan ajeno que quizás para revisar lo que mueve al individuo, si es lo mejor o no para él, es necesario dejar un poco de lado esa recompensa del más allá. Y verla quizá como una herramienta, un mito, un relato primigenio que es permeado por todos los individuos y comunidades para vivir, como lo dictaron las palabras de la autoridad en la sala del templo. Uno que evite vivir en tanta culpa. Esto se mezcla con los sentimientos de estar presente en este proceso, que permean en el filtro, o en el intento de ser neutral en este relato. Si bien podría no existir nada más allá, cayendo encerrados o libres en una nada sin estímulo, sin deseo quizás se podría tomar como una completa plenitud porque no se sentiría necesidad de nada, no habría curiosidad que saciar, ni cuerpo que alimentar ni ningún proceso intermedio para lograrlo, quizás el arjé de ese día es el buscar. Sea cual se ala razón, gatillado por algo que atrape uno de los sentidos, ya que habrá un punto en que ya no habrá razón para hacerlo, y esa razón es volver a estar rodeado de esa nada, pero sin ningún medio para escudriñarla.

Escribo esto en el contexto de la pérdida de un familiar, alguien que por edad desde que tengo memoria era parte del mito, un monolito en el tapiz del relato familiar, una piedra angular de la comunicación, un nexo que desde la limitante del espacio de su casa y confinamiento a la silla de ruedas era una de las estrellas más brillantes de la bóveda que guiaba y renovaba el vínculo el lado paterno familiar y que permeó a mi madre. Y que a pesar de ser una Tía Abuela,

muchos pensarían que mucha cercanía no había, muy por el contrario, se sentía tan cercana como un familiar directo. Se fue parte importante del relato de mi generación y la de mi padre. Y es como que te arrancarán una tajada. Pero si mi abuela, afectada directa ha rearmado lo que le mueve en vida tras enviudar y perder padres y hermanos, a nosotros también nos toca hacer esa tarea. Rearmar la narrativa. Sé que este no es el espacio para hacerlo. Me excuso. Desde mis adentros lo encuentro necesario. Mis disculpas si esto mancha la tarea.